

relinchó de gusto, de modo que menos el suelo enrojecido, cualquiera hubiera jurado que nada había sucedido al pobre animal, poco antes tan malo, y ahora tan vivo y tan bueno.

Eloy le miró un instante confuso y asombrado; alargó el brazo, tomó en su tienda un martillo, y haciendo pedazos su muestra se dirigió á Jesucristo, y le dijo humildemente:

— El maestro eres tú, yo no soy mas que el oficial.

— Bienaventurado el que se humilla, respondió Cristo con voz dulce, porque será ensalzado.

Al oír aquella voz tan pura y tan armoniosa, Eloy alzó los ojos y vió que su oficial tenía ceñida la frente con una auréola; reconoció á Jesucristo y cayó de rodillas.

— Bien está, te perdono, dijo Cristo; porque te creo curado de tu orgullo. Permanece *maestro de maestros*; pero acuérdate de que yo solo soy *maestro sobre todos*.

A estas palabras montó en la grupa detrás del caballero, y desapareció con él.

El caballero era san Jorje.

PAULINA.

Terminada esta narracion, rogué al maestro de postas que examinase los piés de sus dos caballos por temor de que no le sucediese en el camino el mismo percance que al caballo de san Jorje. Después, concluida aquella inspeccion, marchamos á trote largo por uno de aquellos caminos enarenados como las calles de un jardin inglés y que surcan el Piamonte desde la ocupacion francesa.

Es imposible el soñar por peristilo de la Italia un camino mas encantador: por medio de una llanura de dos leguas que parecen aun mas frescas y graciosas despues del terrible valle de Gondo, se llega á Villa, porque como se ve, todos los nombres de ciudades acaban por una dulce vocal. Después las blancas casas suceden á las grises cabañas, los techos ceden su lugar á los terrados, las parras trepan al rededor de los árboles del camino, atraviesan la carretera y se mecen en columpio. En lugar de las aldeanas rústicas del Vallés, se encuentran á cada paso lindas vendimiadoras de color pálido, ojos aterciopelados, y rápido y dulce hablar. El cielo es puro, el aire tibio y se reconoce, como dice el Petrarca, á la tierra querida de Dios; la tierra santa; la tierra feliz, que ni las invasiones de los bárbaros, ni las discordias civiles, ni la cólera de los volcanes

han podido despojar de los dones que ha recibido del cielo. Una cosa, sin embargo, se oponía á que las apreciase en toda su extension : estaba solo.

Es una cosa muy triste el ir en un viaje solo, el no tener á nadie con quien compartir nuestras emociones de alegría ó de temor. Así pasé delante del valle de Anasca, casi sin detenerme, y sin embargo, en el fondo de sus sinuosidades, sobre sus verdes colinas se levanta cual el gigante encargado de velar sobre aquellos jardines encantados, el Monte Rosa, el Adamastor de la Italia. Una legua mas allá, al acercarse á Fariolo y mientras que miraba á mi derecha una de aquellas últimas hijas de los Alpes que van á morir degenerando en colinas y montecillos á las orillas de los lagos que tienen con su sombra, oí desprenderse de lo alto de la montaña una cosa parecida á un grano de arena que vino rodando por las cuestas, saltando por encima de los barrancos, creciendo siempre á medida que se acercaba, y terminó por cambiarse en un peñasco que pasando con el estrépito de un rayo, y semejante á una mole de piedras, atravesó el camino á treinta pasos del carruaje y llegada al fin de su fuerza de impulsión fué á detenerse contra un olmo que tronchó : casi envidié al postillon que habia tenido miedo por sus caballos.

Esperar ó temer por otro, es la única cosa que da al hombre sentimiento completo de su propia existencia.

Llegaba á las orillas del Lago Mayor á la caída de la tarde y me detuve en Baveno en una encantadora posada de granito rosa, y rodeada de laureles. Por fuera era un palacio encantado : por dentro era una posada italiana.

Una posada italiana es aun una habitacion bastante tolerable en verano; pero en invierno, atendido á que no hay ninguna precaucion tomada contra el frio, es una cosa de que no se puede formar idea alguna. Se llega helado, se baja del carruaje, se pide un cuarto, el dueño de la posada, sin incomodarse en su siesta, hace seña al mozo de que os acompañe. Le seguís con la confianza de que vais á encontrar abrigo; ¡qué horror! entráis en una enorme pieza de blancas paredes, cuyo solo aspecto os hace tiritar de frio. Recorreis vuestra nueva habitacion con la vista, y se detiene esta al fin en un pequeño paisaje al fresco que representa á una mujer desnuda en equilibrio sobre la punta de un arabesco, solo con verla tiritais; volveis la vista hácia la cama y la veis cubierta con una especie de chal de algodón y una colcha de muselina blanca. Entonces dais diente con diente. Buscáis por todas partes la chimenea : el arquitecto la ha olvidado. Es preciso tomar vuestro partido. En Italia no se sabe qué cosa es fuego : en verano se calientan al sol, y en invierno al calor del Vesubio : pero como es de noche, y os hallais á ochenta leguas de Nápoles, os apresurais á cerrar las ventanas. Terminada esta operacion, reparais en que los cristales están rotos, tapais uno con vuestro pañuelo arrollado á modo de tapon, y cerrais el otro con una toalla extendida como una vela. Os creéis al fin atrincherado contra el frio; tratáis entonces de cerrar la puerta, pero la cerradura falta : arrimais contra ella la cómoda y os empezais á desnudar. Apenas os habeis quitado la levita sentís ya un atroz viento colado; son los tableros que han hecho movimiento, y no tocan ni arriba ni abajo; entonces descol-

gais las cortinas de las ventanas y con ellas hacéis unos rollos; luego cuando todo está bien calafateado, ó cuando á lo menos lo creéis, dais una vuelta por vuestro aposento con la luz. Una última corriente de aire que no habíais todavía sentido os la apaga en las manos. Buscáis una campanilla; no la hay: golpeáis con el pié para hacer que suba alguno, pero el piso da sobre una cuadra. Volveis, pues, á quitar la cómoda; sacáis las cortinas de las rendijas, volveis á abrir la puerta y llamais: trabajo perdido, todo el mundo duerme, y cuando se duerme nadie se despierta en Italia. A los viajeros toca el procurarse ellos mismos lo que necesitan... Y como todo bien calculado, lo que mejor hay que hacer es irse á la cama, la alcanzáis á tientas, os acostais sudando de impaciencia, y os despertais yerto de frio.

En verano es otra cosa: todos los inconvenientes que acabamos de mencionar desaparecen para dar lugar á uno solo; pero este solo vale por todos: los mosquitos. No hay punto en donde no hayais oido hablar de este pequeño animal, que habita particularmente en las orillas del mar y de las lagunas y estanques; son para nosotros los mosquitos del Norte, lo que la víbora es en comparacion de laculebra.

Desgraciadamente, en lugar de huir del hombre y esconderse en los parajes mas desiertos, como aquella, gusta de la civilizacion, la sociedad le alegra, y le atrae la luz: en vano cerrais, pues entra por los agujeros y por las rendijas y grietas. Lo mas seguro es pasar las horas de la noche en un cuarto distante de aquel en que se ha de dormir, y luego en el mismo instante de irse á acostar apagar la luz

y lanzarse velozmente á la otra pieza. Desgraciadamente tiene el mosquito los ojos del buho y la nariz de la hiena; os ve en la oscuridad y os sigue la pista cuando, para estar mas seguro de su presa, no se ha colocado ya sobre vuestros cabellos. Creéis entonces haberle engañado, y os vais á tientas hácia vuestra alcoba, derribando en la oscuridad un velador cargado de tazas viejas de porcelana, que os harán pagar por nuevas al dia siguiente; dais un rodeo para no cortaros los piés con los cascos; alcanzáis la cama, levantaiis con precaucion el mosquitero que la rodea, os deslizais cual una serpiente en vuestras sábanas, y os dais el parabien de que, merced á este cúmulo de precauciones, os habeis proporcionado una noche tranquila; el error es dulce pero corto. Al cabo de cinco minutos, ois un pequeño zumbido al rededor de vuestro rostro; tanto valdria oir el rugido del tigre ó del leon: os habeis encerrado con vuestro enemigo, preparaos á un duelo encarnizado: esa trompeta que suena, es la de un combate á muerte. Bien pronto cesa el ruido, este es el momento terrible; vuestro enemigo se ha posado, ¿dónde? no lo sabeis: la estocada que va á daros no tiene quite: de repente sentís la herida, llevais á ella velozmente la mano, pero vuestro adversario ha sido aun mas listo, y esta vez le ois cantar victoria. El zumbido infernal rueda en torno de vuestra cabeza con círculos fantásticos é irregulares, en los que intentais en vano cogerle; despues cesa el ruido por segunda vez. Entonces vuelve á comenzar vuestra angustia y echais las manos á todos los puntos donde no está; hasta que un nuevo dolor os señala dónde se encontraba, sí, dónde se encontraba; porque en el

instante mismo en que creéis haberle aplastado como á un escorpion sobre la herida, el atroz zumbido vuelve á comenzar: esta vez os parece una carejada diabólica y burlona; respondeis á ella por un rugido concentrado, y os preparais á sorprenderle en cualquier punto que se pose: ensanchais ambas manos, las dais toda la extension de que son susceptibles, y presentais la mejilla á vuestro adversario, quereis atraerle sobre aquella superficie carnosa, que abrazaria tan exactamente la palma de vuestra mano. Cesa el zumbido, y conteneis la respiracion, suspendeis los latidos de vuestro corazon y creéis sentir hundirse la acerada trompa en mil puntos diferentes; de repente el dolor se fija en el párpado, nada calculais, y no pensais mas que en la venganza, os aplicais sobre el ojo un puñetazo, capaz de atronar á un buey; os hace ver cien mil centellas, pero nada importa si ha muerto el vampiro; así lo esperais por un instante y dais gracias á Dios de que os haya concedido la victoria. Un minuto despues comienza de nuevo el satánico zumbido; ¡oh! entonces salís de vuestras casillas, vuestra imaginacion se acalora, vuestra cabeza se exaspera, y saltando de vuestra cama, no tomais ya ninguna precaucion contra el ataque y os levantais del todo, con la esperanza de que vuestro antagonista cometerá alguna imprudencia: os sacudís el cuerpo con ambas manos, como el labrador que golpea las gavillas de miés, y luego en fin, despues de tres horas de lucha, sintiendo que vuestra cabeza se desvanece y que vuestro espiritu se extravía hasta el punto de volveros loco, volveis á caer aniquilado, rendido de la fatiga y muerto de sueño. Al fin os adormeceis. Vuestro

enemigo os concede una tregua, está harto: el moscon hace gracia al leon; el leon puede dormir.

Al dia siguiente os despertais; ya es muy de dia, la primer cosa que veis, es vuestro infame mosquito agarrado á la cortina, con el cuerpo henchido y colorado con lo mas puro de vuestra sangre: experimentais un^o movimiento de deliciosa alegría, acercais la mano con precaucion, y le aplastais á lo largo de la pared como Hamlet á Polonio, pues está ebrio de tal modo que ni aun trata de huir. En este momento entra vuestro criado, os mira estupefacto y os pregunta qué es lo que teneis en el ojo; os haceis traer un espejo, os mirais y no os conocéis: ya no sois vos mismo, sois una cosa monstruosa, una cosa como Vulcano, como Caliban, como Cuasimodo.

Felizmente yo llegaba á Italia en una buena estacion: los mosquitos se habian ya marchado, y las nieves no habian llegado todavía. No vacilé en abrir de par en par mi ventana: daba sobre el lago; raras veces he visto un espectáculo mas encantador.

La luna se alzaba detras de Lugano en medio de una atmósfera tranquila y límpida, subia al horizonte como un globo de plata, á medida que subia iluminaba el paisaje con su pálida luz: en lontananza figuraba confusamente, en medio de objetos desconocidos y sin forma, á los que no podia yo dar un nombre, no sabiendo si eran nubes, montañas, aldeas ó vapores. Las montañas que costean el lago, se extendian entre mi y ella como un gigantesco biombo, cuyas cimas centelleaban cual si estuviesen coronadas de nieve, y cuyos costados y base cubiertas de sombra, descendian hasta el lago y oscure-

cian las olas, en las que se reflejaba: en cuanto á lo restante de la inmensa sábana clara y límpida, parecía un espejo de azogue; en medio del agua se levantaban, como tres puntos sombríos, las tres islas Borromeas, que destacándose á la vez sobre el agua, parecían negras nubes enclavadas sobre un fondo azul estrellado de oro.

Debajo de mi ventana se prolongaba, hasta el camino, un terrado cubierto de flores; bajé á él, á fin de gozar mas completamente de aquel espectáculo, y me hallé en un bosque de rosales, granados y naranjos: rompí maquinalmente algunas ramas floridas, dejándome dominar de aquel sentimiento melancólico, que toda organizacion impresionaria experimenta en medio de una noche hermosa, tranquila y silenciosa, y cuya religiosa y solemne serenidad no viene á perturbar ningun humano ruido: en medio de aquella quietud de la naturaleza, me parecía que el tiempo, adormecido como los hombres, cesaba de andar, que la vida se detiene y reposa, que las horas de la noche dormitaban con las alas replegadas, que no se despertarian hasta el día, y que solo entonces únicamente el mundo continuaria envejeciendo.

• Permanecí casi una hora, todo entregado á aquel espectáculo, dirigiendo alternativamente mis ojos sobre el cielo y sobre la tierra, y sintiendo subir del lago una frescura nocturna y deliciosa. De el fondo de un grupo de árboles, cuyos piés se bañaban en el agua, y cuyas copas, poco elevadas, pero espesas, se destacaban sobre un fondo plateado, un pajarillo cantaba por intervalos como el ruiseñor de Julieta; el argentino sonido de su voz se detenía de repente al fin de un gorgorito, y como su canto era el único

sonido que velaba, así que acababa de cantar todo volvía á quedar mudo en el silencio; diez minutos despues volvía á continuar su himno, sin motivo alguno para volverlo á empezar, como no lo habia tenido para interrumpirlo: aquella voz tenia un no sé qué de fresco, de nocturno y de misterioso, perfectamente acorde con la hora y con el paisaje: era una melodía que debia ser escuchada como yo la escuchaba, á la claridad de la luna, al pié de las montañas y á la orilla de un lago.

Durante un intervalo de silencio, distinguí el lejano rodar de un carruaje, que venia del lado de Domo d'Ossola, y me recordaba que habia otros seres mas que yo y el pajarillo que cantaba para Dios; en aquel momento volvió á seguir su armoniosa plegaria, y no pensé mas que en escucharle: despues cesó su canto y oí de nuevo el ruido del carruaje mas cercano. Venia rápidamente, pero no tan rápidamente todavía que mi melodioso vecino no pudiese volver á comenzar su concierto; pero esta vez, apenas concluido, percibí al revolver del camino la silla de postas que distinguí por sus dos faroles brillantes en la oscuridad, y que avanzaba cual si hubiese tenido las alas de un dragon, cuyos ojos parecia tener. A doscientos pasos de la posada, el postillon se puso á chasquear estrepitosamente su látigo, para avisar su llegada: en efecto, oí algun movimiento en la cuadra sobre la cual estaba mi cuarto: el carruaje se detuvo debajo del terrado en que me hallaba.

La noche estaba tan hermosa, tan dulce y tan estrellada, aunque estábamos ya al fin del otoño, que los viajeros habian bajado la capota de la carretela. Eran dos, un jóven y una jóven. La jóven en-

vuelta en una capa, tenia la cabeza caída y los ojos fijos en el cielo, sosteniéndola el jóven en sus brazos. En aquel momento salió el postillon con los caballos y la criada de la posada con luces: las acercó á los viajeros; desde donde yo me hallaba oculto y escondido entre los naranjos y rosales que guarnecian el terrado, reconocí á Alfredo de N. y á *Paulina*.

A *Paulina*, pero tan cambiada de cuando la ví en Pfeffers, á *Paulina* tan moribunda, que no era mas que una sombra; el mismo recuerdo que me habia pasado por la imaginacion se presentó de nuevo. Yo habia visto en otro tiempo á aquella mujer bella y en la flor de su edad, hoy tan pálida, tan ajada: iba sin duda á buscar á Italia una atmósfera mas dulce, un aire mas vivificante y la eterna primavera de Nápoles ó de Palermo. No quise contrariarla ofreciéndome á su vista, y sin embargo, deseaba que supiese que habia alguno que rogaba por su vida. Tomé, pues, una tarjeta de mi bolsillo, y escribí detrás con mi lapicero: *Dios guarde á los viajeros, consuele á los afligidos, y cure á los dolientes*. Puse mi tarjeta en el ramillete que habia cogido, y dejé caer el ramo sobre las rodillas de Alfredo, que se inclinó hácia el farol de su carruaje para examinar el objeto que de tal modo llegaba á él. Miró mi tarjeta, reconoció mi nombre, leyó mi plegaria, despues, buscando con los ojos dónde podia estar, y no descubriéndome, hizo con la mano un signo de agradecimiento y de despedida; y viendo los caballos enganchados, gritó al postillon: ¡adelante! El carruaje volvió á partir con la rapidez de una flecha, y desapareció al primer ángulo del camino.

Escuché el ruido de sus ruedas hasta que se apagó, despues me volví hácia el lado donde cantaba el pájaro, pero esperé en vano.

Tal vez era el alma de aquella pobre niña, que habia ya vuelto á subir al cielo.

LAS ISLAS BORROMEAS.

El siguiente día al despertarme vi á la luz del sol el paisaje que habia entrevisto la víspera á la claridad de la luna ; todos los detalles perdidos entre las masas de sombras, se me ofrecian distintamente á la luz del día ; la isla Superior con su poblacion de pescadores y bateleros, la isla Madre con su *villa* toda cubierta de verdura, la isla Bella, con su monton de columnas, sobrepuestas las unas á las otras, en fin, la orilla opuesta del lago donde van á terminar las montañas de los Alpes y donde comienzan las llanuras de la Lombardia.

Hace ciento y cincuenta años aquellas islas no eran mas que rocas desnudas, cuando le ocurrió al conde Vitaliano Borromeo trasportar á ellas tierra, y mantener aquella tierra como en una caja por medio de paredes y estacas. Terminada aquella operacion sembró el noble príncipe aquel suelo ficticio de oro, como el labrador siembra con grano, é hizo nacer allí árboles, poblaciones y palacios. Magnífico capricho del millonario que ha querido tener como Dios un mundo creado por él.

El mozo de la posada vino á avisarme que me esperaban dos cosas, mi desayuno y mi barca : me dirigí á lo mas urgente.

Me habian servido mi almuerzo en el comedor

comun ; como casi todos los comedores de Italia, estaba pintado de ocre amarillo con algunos arabescos, que representan pájaros y langostas, y tenia además un adorno particular bastante original para que lo pase en silencio. Era el retrato del dueño de la posada, *il signor Adami*, en traje de oficial de la guardia nacional piemontesa, llevando debajo del brazo un libro titulado : *Manual del teniente de infanteria*. Aquella inesperada sorpresa me causó gran placer ; yo creia que semejantes muestras se hallaban únicamente en la calle de Saint-Denis.

Al primer bocado que tomé, cesó mi admiracion y vi que era muy natural que el signor Adami se hubiese hecho retratar de oficial : era evidente que el teniente se ocupaba mucho mas de su compañía que el posadero de sus marmitones.

Este descubrimiento me desesperó tanto mas cuanto que estaba resuelto á permanecer ocho dias en Baveno. Pedí hablar á mi huésped á fin de explicarme inmediatamente con él sobre mi futuro alimento. Respondieron que estaba en Arona á asuntos del servicio. Bajé á mi barca, y di orden á los barqueros de conducirme á la isla de los Pescadores.

Quería adquirir la certidumbre de que podria proporcionarme pescado fresco todos los dias.

Resolví afirmativamente esta duda, y visité la isla con alguna tranquilidad.

Es una encantadora chanza que se parece en pequeño á un pueblo, y tiene casas, calles, una iglesia, un cura y monacillos.

Las redes, que forman la única riqueza de sus doscientos habitantes, se hallan extendidas delante de todas las puertas.

Nos reembarcamos y nos hicimos á la vela para la isla Madre. De lejos es una masa de verdura, en medio de una ancha taza de agua, está toda plantada de pinos, cipreses y plátanos. Sus espaldares están cubiertos de cidras, naranjos y granados, sus alamedas pobladas de faisanes, codornices y pintadas, resguardada por todos lados del frío y abriéndose como una flor á todos los rayos del sol, permanece siempre verde aun cuando las montañas que la rodean blanqueen bajo las nieves del invierno. El guarda del palacio me cortó una carga de cidras, naranjas y granadas que hizo llevar á mi barca. No habia visto, lo confieso, sin inquietud por mi bolsillo, aquel exceso de hospitalidad, así es que al volver á mi barca pregunté á mis marineros cuánto debía dar á mi *cicerone*; pero me dijeron que mediante tres francos se tendria por muy satisfecho. Díle cinco, en cambio de los cuales deseó á *mi Excelencia* toda suerte de felicidades. Bajo estos felices auspicios nos volvimos á poner en camino.

A medida que adelantábamos hácia la isla Bella, veíamos salir del seno del lago sus diez terrados sobrepuestos los unos á los otros. Esta es si no la mas bella de las islas de aquel pequeño archipiélagó, á lo menos la mas curiosa. El mármol y el bronce, como tambien todo lo demás, está labrado al gusto del tiempo de Luis XIV: un bosque completo de árboles magníficos, un bosque de álamos y de pinos, esos gigantes de dulce murmullo que al menor viento hablan un poético lenguaje, que comprenden sin duda el aire y las olas, puesto que les responden en el mismo idioma, se levanta sobre arcos de piedra que bañan sus piés en el lago, pues la isla toda entera está encerrada en un in-

menso círculo de granito, cual un naranjo en su caja.

Llegamos á ella, echamos pié á tierra en medio de un jardín de flores extrañas y preciosas, destinadas todas á establecer colonias de semillas y de tallares, bajo aquella feliz exposicion. Cada terrado es una platabanda ó bancal embalsamado de diferentes perfumes, en medio del cual domina siempre el del naranjo y poblado de dioses y de diosas. El último está coronado por un Pegaso y un Apolo. Toda aquella ninferia es de una rabiosa antigüedad llena de amaneramiento y mal gusto.

De los terrados, bajamos al palacio: es una verdadera *Villa Real* llena de frescura y de agua; hay galerías de cuadros bastante notables: tres aposentos, en los cuales uno de los principes Borromeos ha dado hospitalidad al caballero Tempesta, que en un movimiento de celos, habia matado á su mujer, y de quien el reconocido artista se hizo un vasto album que ha cubierto de pinturas maravillosas: en fin, un palacio subterráneo, todo de conchas como la gruta de un rio, y lleno de náyades con urnas vueltas hácia abajo, de las que corre abundantemente un agua fresca y pura.

Este piso da sobre el bosque, pues el jardín es un verdadero bosque lleno de sombra, á través del cual, por los claros, descubre la vista los sitios mas pintorescos del lago. Uno de los árboles que componen aquel bosque, es histórico: es un magnífico laurel grueso como el cuerpo de un hombre, y de una altura de sesenta piés. Tres dias antes de la batalla de Marengo comia un hombre bajo su sombra: en el intervalo del primer servicio al segundo aquel hombre de corazón impaciente cogió su cuchillo y

escribió en el árbol contra el cual estaba apoyado, la palabra *Victoria* : esta era entonces la divisa de aquel hombre que no se llamaba todavía mas que Bonaparte, y que por su desgracia se ha llamado mas tarde Napoleon.

No queda ya huella ni de una sola letra de aquella palabra profética : cada viajero que pasa, se lleva una partícula de la corteza en que estaba escrita, y hace cada día al laurel una herida mas profunda, de la que acabará por morir tal vez.

Al Norte del bosque encontré unas casitas de pescadores y de barqueros, en medio de las que se eleva una posada. El recuerdo de mi almuerzo me hizo creer entonces haber hecho un buen hallazgo.

Hice despertar al posadero para informarme de cuánto me llevaria por pasar ocho días en su casa, y me pidió una cosa como cien escudos. Me hubiera sido mas corto y mas barato el alquilar el palacio Borromeo al príncipe mismo : por consiguiente, le pedí perdonase el haberle despertado, y le invité á que se volviese á acostar.

En su consecuencia volví á meterme en mi embarcacion, y mandé dirigir la proa hácia la posada del *Signor Adami*.

Por la tarde volvió de Arona : fuera de su manía por la Guardia nacional, que le he perdonado fácilmente despues, por comparacion con la de nuestros frenéticos de París, á quienes no conocia entonces como ahora, era un hombre excelente : pronto nos arreglamos respecto al precio por ocho días ; me dió un cuarto con ventanas al lago, saqué mis libros de la maleta y me instalé.

Hice en aquella pequeña posada, ante el país mas

hermoso del mundo, en medio de una atmósfera embalsamada, bajo un cielo azul, los mas malos artículos que jamás he enviado á la *Revista de ambos mundos*.

Se necesita para un trabajo feliz, cuatro paredes y no horizonte : cuanto mas grande es el paisaje, mas pequeño es el hombre.

Mi huésped era tan excelente muchacho, que no tuve valor para hacerle, durante aquellos ocho días, ninguna observacion sobre el servicio de su posada, y me contenté al marchar, con sustituir al título del libro, que su efigie guerrera llevaba debajo del brazo, el de otro mas confortable : *Arte de cocina*.

Espero que se habrá aprovechado del aviso en pro de mis sucesores.

Mediante la cantidad de diez francos que dí á mis barqueros, y un viento favorable que Dios me envió gratis, en cuatro horas estuve en Arona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HEYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA ÚLTIMA ASCENSION.

Arona es una de las poblaciones mas encantadoras, entre las que dominan el Lago Mayor, y se detendria allí uno nada mas que por la perspectiva que se descubre desde las ventanas de la fonda, si no se sintiese mas poderosamente atraído por la curiosidad que inspira el coloso de san Carlos.

Porque en Arona fué donde nació, en 1532, el famoso arzobispo de Milan, el cardenal Borromeo, que por el uso que hizo de sus riquezas, con las cuales fundó establecimientos de beneficencia, y por la abnegacion con que expuso su vida en la peste de 1576, mereció en vida el título de santo, que fué ratificado despues de su muerte.

Así es que se ha apoderado de todos los recuerdos de la poblacion. Visité primero la iglesia donde se halla su sepulcro : aquel monumento es ya uno de esos templos de Italia coquetamente adornados, de los que Nuestra Señora de Loreto es una especie de copia, y que á nosotros, hombres del Norte, acostumbrados á las piedras grises de nuestras catedrales, nos parecen tan lujosos. Entré en él en el momento en que acababa de concluirse una misa de difuntos; llamé á un largo y delgado sacristan, que apagaba, con su apagador, una docena de hachas que ardan al rededor de un féretro vacío :

me hizo señal de que inmediatamente que concluyese su tarea vendria : para no perder tiempo me puse á examinar algunos cuadros de Ferrari y de Appiani que guarnecen las capillas laterales; ni unos ni otros, aunque muy ponderados á los extranjeros, me parecieron gran cosa.

El sacristan habia apagado los cirios, se vino hacia mí y me llevó á una capilla subterránea en la que descansa el cuerpo de san Carlos Borromeo. Su esqueleto está recostado en una urna, revestido con sus ornamentos episcopales, con las manos cubiertas de guantes morados, la mitra en la cabeza, y una máscara de vermeil sobre la cara. Toda la capilla es de mármol negro, con adornos de plata maciza. En un pequeño armario al lado de la urna, se hallan encerradas á título de reliquias las sábanas ensangrentadas, sobre las cuales se hizo la autopsia del santo, muerto á la edad de cuarenta y seis años de una tisis pulmonal.

El arzobispo de Milan es uno de los últimos santos canonizados por la corte de Roma. En 1610, veinte y seis años no mas despues de su muerte, Paulo V ratificando el culto general que se habia tributado á su sepulcro, le convirtió en altar : así es que en torno de aquella existencia casi contemporánea no se encuentra ninguna de las antiguas leyendas del martirologio. Lo que fué un prolongado milagro, fué la misma vida de san Carlos : nacido en medio de los desórdenes civiles y religiosos, y viviendo en medio de la corrupcion de la prelatura italiana, fué el restaurador obstinado de la disciplina eclesiástica, de la cual dió él mismo el ejemplo por su austeridad. Durante sus estudios en Milan y en Pavia, como en otro tiempo en Atenas

san Basilio y san Gregorio Nacianceno, no conoció otras calles que las dos que dirigian la una á la iglesia, y la otra á las escuelas públicas. A los doce años obtuvo una de las mas ricas abadías de Italia, era patrimonio de su familia : á los catorce un priorato que renunció en él el cardenal de Médicis su tío, al subir al trono pontifical bajo el nombre de Pio IV : en fin, á los veinte y tres años era cardenal.

Entonces fué cuando colmado de los mas ricos beneficios de la Lombardia, revestido de los primeros títulos de la jerarquía eclesiástica, y rodeado de aquellas seducciones mundanas á las que cedian en aquella época hasta los mismos soberanos pontífices, hizo tres partes de su hacienda, la una para los pobres, la segunda para la Iglesia, y la tercera para su casa. Un desprendimiento tan grande y una vida tan cristiana le habian adquirido ya el amor de todos, cuando un acontecimiento añadió á aquel sentimiento el de respeto : un dia que el santo prelado estaba en oracion en la capilla arzobispal, entró en la iglesia un asesino; este era un religioso de la orden de los humillados, orden cuyos excesos habia atacado san Carlos. Acercóse el asesino al oficiante, y en el momento en que se cantaba aquella antifona : *Non turbetur cor vestrum, neque formidet*, le tiró á quema ropa un arcabuzazo. San Carlos se cayó sobre sus manos por la conmocion, se levantó, y aunque se creía herido de muerte, ordenó que continuase el oficio divino, ofreciéndose por aquella vez en sacrificio á los fieles en lugar del Hijo de Dios. Terminado el oficio, se puso en pie san Carlos, y la bala detenida en sus ornamentos episcopales, cayó al suelo : aquel suceso fué considerado como un milagro.

Algun tiempo despues estalló la peste en Milan. San Carlos se trasladó inmediatamente allí con toda su casa, á pesar de las representaciones de su consejo, y permaneció durante seis meses en el centro del contagio, llevando á la cabecera de todos los moribundos abandonados por el arte, los consuelos de su palabra : entonces vendió aquella tercera parte de bienes que habia reservado para si mismo, la capilla de oro y plata, y los vestidos, muebles, estatuas y cuadros : despues, cuando nada tuvo que dar á los pobres y moribundos, pensó en ofrecerse él mismo á Dios como una víctima expiatoria : do quiera donde el azote se mostraba mas cruel y encarnizado se presentaba con los piés descalzos, una soga al cuello, y la boca pegada á los piés de un crucifijo, rogando al Señor con lágrimas tomase su vida en cambio de la de aquel pueblo que de tal modo afligia. En fin, sea que hubiese llegado el término del azote ó que las oraciones del santo hubiesen sido oidas, la cólera de Dios volvió á subir al cielo.

* Apenas salió de aquella larga prueba volvió Carlos á emprender el curso de su vida pastoral, pero Dios habia aceptado el sacrificio ofrecido : sus fuerzas se hallaban agotadas; se le declaró una tisis pulmonal, y en la noche del 3 al 4 de noviembre de 1384 el santo enviado terminó su laboriosa carrera.

Cinco años despues los habitantes de las orillas del lago, unidos á la familia de san Carlos, le votaron una estatua colosal, cuya ejecucion se confió al célebre Cerani : se abrió un plano en un cerro inmediato á la poblacion, donde se elevó un pedestal de treinta y cuatro piés, y sobre aquella explanada y aquel pedestal, se colocó la estatua del santo; esta estatua tiene noventa y seis piés de altura.

Quería el sacristan enseñarme aquella maravilla, y yo por mi parte no deseaba menos el visitarla : nos pusimos en camino, y desde lejos divisamos al santo obispo dominando el lago, teniendo su libro debajo del brazo, y dando con la otra mano la bendición episcopal á la ciudad en que habia nacido.

Las proporciones de aquella estatua están tan en armonía con las gigantescas montañas sobre las que se destaca, que á primera vista y á cierta distancia parece solo de una estatura regular, y solo al irse aproximando crece y se agranda desmesuradamente, y todas sus partes toman proporciones reales y verdaderas. En tanto que estaba ocupado en examinar el coloso, en uno de cuyos dedos acababa de posarse un cuervo, cuya magnitud parecia apenas la de un gorrion, el sacristan apoyó una inmensa escalera contra el pedestal, y subiendo 13 ó 14 primeros escalones me invitó á seguirle.

El lector sabe mi poca afición á las ascensiones aéreas, por lo tanto no se admirará de que antes de aventurarme á seguirle, preguntase á dónde iba. Iba á la cabeza de san Carlos.

Por muy curiosa que pareciese aquella visita interior, sentia yo muy pocos deseos de hacerla : aquella escalera larga y flexible, que debia llevarme á un pedestal sin barandilla, me parecia un camino bastante expuesto para un viajero tan propenso á los mareos como yo. Además, llegado al pedestal, no me hallaba mas que á la cuarta parte de mi ascension, y no veia de ninguna manera con qué máquina podria llegar al término indicado. Hice esta observacion á mi sacristan, que me enseñó bajo un pliegue del manto de la estatua, una especie de abertura que daba entrada al interior : me dijo, que

encontraria allí una escalera sumamente cómoda ; todo el embarazo estaba en trepar hasta la plataforma del pedestal : hice todavia algunas observaciones sobre los riesgos del camino ; pero mi guía conociendo que yo desmayaba, insistió con nueva fuerza. Entonces la vergüenza me impidió retroceder donde este sacristan caminaba tan firme, le hice seña de que continuase subiendo y le seguí tan de cerca, que llegamos casi al mismo tiempo al pedestal. Ya era tiempo : las montañas, la poblacion y el lago comenzaban á dar vueltas de un modo desordenado : tanto que no tuve tiempo mas que para cerrar los ojos, agarrarme á un paño del vestido del santo, y sentarme en el dedo pequeño de su pié izquierdo. Gracias á este asiento mas tranquilo, sentí muy pronto calmarse el zumbido de mis oídos, adquiri la conviccion de la inmovilidad de la base sobre que descansaba, y conociendo que habia vuelto á tomar mi centro de gravedad, me aventuré á volver á abrir los ojos. Encontré las montañas, el lago y la poblacion en su sitio acostumbrado : nada faltaba sino el sacristan, miré hácia todos lados ; pero habia desaparecido completamente : le llamé, no me respondió. Decididamente aquel hombre habia sido creado y venido al mundo para hacerme rabiarse.

Me puse á buscarle, pensando que trataba de jugar al escondite y que lo hallaria oculto en algun pliegue del ropaje de aquel bronce colosal, y comencé en consecuencia á dar vueltas al rededor de la estatua : la cosa era fácil sobre los lados ; pero al dar la vuelta me encontré con la cola de su traje arzobispal y fué necesario aventurarme sobre sus arrugas, que cubrian el pedestal. En fin, tan pronto

colgándome de las manos, tan pronto andando de piés, tan pronto arrastrándome á galas, llegué á pasar sin accidente alguno aquel mar de bronce y poner por fin el pié en su orilla de granito. No me había engañado : mi perillan me esperaba á la mitad del camino de una escalera de cuerda que se introducía por bajo un paño del vestido del santo y conducía á lo interior de la estatua. Púsose á reír al verme, gozoso de la chanza que me había dado, chanza que sospecho renueva cada vez que un viajero inocente tiene la imprudencia de seguirle. En efecto, bien hubiese podido haber colocado desde luego la escalera de madera frente de la de cuerda ; pero parece que deseaba hacerme en todos sus detalles los honores de su arzobispo : jamás he visto un eclesiástico mas travieso ni menos penetrado de la dignidad de su traje.

Por lo demás, no le manifesté rencor alguno por su buen humor, antes me aproximé á él muy contento, y tomándolo á broma me agarré á él por una pierna.

Entonces comenzó nuestra segunda ascension, que aunque de ocho ó diez piés únicamente, no era la mas cómoda ; sin embargo, salí de ella muy bien, gracias al punto de apoyo que me había proporcionado, y á pocos instantes me hallaba ya en el interior del santo.

Mi primer cuidado fué buscar por todos lados, á la luz que venía de lo alto, la prometida escalera ; pero entonces fué cuando comprendí el lazo en que me había hecho caer : el solo y único medio de ascension que había era una especie de escala formada por una multitud de barras de hierro, atravesadas como los palos de una jaula, y destinadas á

sostener aquella enorme masa. Mi aturdimiento me hizo soltar la presa ; apenas hube cometido aquella imprudencia, cuando mi sacristan saltó sobre el primer travesaño, y trepó de barra en barra como una ardilla por las ramas de un árbol. Entonces me dió rabia por haber sido de tal manera burlado por una especie de rata de iglesia, de modo que olvidé mareos y vértigos, y me puse á perseguirle con menos destreza pero con mas fuerza ; ya iba á alcanzarle cuando desapareció segunda vez en una especie de caverna, que abría sobre nuestro camino una sombría boca de veinte piés de elevacion y cinco ó seis de latitud. Como no sabia yo á dónde iba á parar, me paré y me puse á caballo sobre mi barra de hierro, para guardar la entrada, resuelto á atraerle á su salida y á no soltarle mas.

A fuerza de mirar en aquel abismo, mis ojos se acostumbraron á la oscuridad. Entonces divisé á mi guia, á quien no sabia ya qué nombre dar, pues tentado estaba de creerle alguno de aquellos seres fantásticos, de que nos habla Hoffmann, paseándose tranquilamente por una especie de corredor en cuesta, y haciéndose aire voluptuosamente con su pañuelo. Desde que vió que yo le había descubierto : — ¿Y bien ? me dijo : ¿no venis á descansar un instante ? estamos á la mitad del camino.

A la vez me ofrecía una cosa buena y me daba una noticia excelente, así sentí mi cólera desvanecerse para dar lugar á la curiosidad. Nuestro viaje, fuera de las dificultades, que comenzaban á parecerme menos insuperables, tenia cierta originalidad. Adopté pues el partido de considerarle bajo el punto de vista instructivo y pintoresco, y en su consecuencia me agarré á la barra que estaba encima

de mí, puse el pié izquierdo en la que me servía de caballo y salté con el pié derecho al hoyo, en que me aguardaba mi compañero de gimnástica.

— ¿Dónde diablos estamos? le dije despues de haber tratado en vano de darme cuenta de las localidades.

— ¿Dónde estamos?

— Sí.

— Estamos en el libro de san Carlos.

— ¡Toma! ¡toma! ¡toma!

En efecto, aquel misal que desde abajo me habia parecido un tomo en folio regular, tenia veinte piés de altura, diez de longitud y cinco de ancho.

Descansé un instante apoyado contra su encuarnación de bronce, despues arrastrado por la curiosidad pedí el primero á mi guia continuar el viaje.

Como he dicho, comenzaba á hacerme á las dificultades del camino, y así es que llegué muy pronto á la abertura practicada en la espalda del santo, que tiene la dimension de una ventana ordinaria y se abre hácia el camino que habia yo seguido aquella misma mañana al venir de Baveno. Detúveme, pues, un solo instante para contemplar el paisaje, y continué despues mi camino. En cuanto al sacristan, habia ya llegado arriba hacia mucho tiempo, y yo como los deshollinadores en lo alto de las chimeneas, le oía sin verle, cantar su cántico de gracias. Lo que me impedia descubrirle, era la estrechez del camino, producida por el cuello de la estatua: pasado este me encontré, al salir de la laringe, en una inmensa cúpula iluminada por dos aberturas que corresponden á las de las orejas del santo, en medio de las cuales mi sacristan, con las pier-

nas colgando, estaba irreligiosamente sentado en la nariz de san Carlos.

Además debo hacerle esta justicia, que apenas me presenté, me ofreció su lugar; pero como yo soy mas respetuoso para las cosas santas que muchos que viven de ellas, lo rehusé sin decirle el motivo de mi negativa, que de seguro no hubiera comprendido.

Entonces me contó no sé qué comida de doce cubiertos que se habia dado en la cabeza del arzobispo; los cocineros estaban en el libro, y los criados en el brazo derecho. Todo esto se parecia mucho á la historia de Gulliver en la isla de los gigantes.

Viendo que me negaba obstinadamente á sentarme en las narices de san Carlos, me invitó á mirar por su oreja izquierda, esto era ya otra cosa, y no oía á sacrilegio, por lo que no puse dificultad en pasar mi cabeza por el *Was ist das*.

Mi sacristan tenia razon, porque desde allí se descubre una magnífica vista: en el primer término el lago azul como el cielo y terso como un espejo: en el segundo las colinas cubiertas de viñas y el palacio de Angera con troneras, y despues en lontananza prolongándose entre los Apeninos y los Alpes las llanuras de la Lombardía que se dilatan hasta Venecia, y van á morir sobre las arenas del Lido. Quedé verdaderamente maravillado y como en éxtasis.

Volví á bajar al cabo de una hora sin pensar en el peligro del camino: llegado á lo bajo del pedestal me preguntó el sacristan si estaba aun enfadado con él, y le respondí poniéndole en la mano cinco francos.

Mediante aquella retribucion se encargó de bus-

carme un barco, de modo que en la tarde misma llegué á Sexto-Calende, que es segun creo la primera poblacion del reino Lombardo-Veneto.

Encontré la posada toda revuelta : hacia ocho dias que un viajero francés habia llegado á ella en posta con una jóven tan enferma que no habia podido llegar á Milan : se habian visto forzados á detenerse en Sexto. Inmediatamente el jóven habia enviado un correo á Milan con órden de traer á toda costa al doctor Scarpa. Desgraciadamente el doctor Scarpa estaba moribundo, y habia destinado uno de sus profesores, el cual al llegar halló á la enferma sin esperanza de vida. Dos dias despues habia muerto de una afeccion crónica del estómago y habia sido enterrada aquella misma mañana. El jóven despues de haberla tributado los últimos deberes habia vuelto al instante á salir para Francia.

Habia habido una circunstancia singular. En Italia se entierran los cadáveres en las iglesias en una huesa comun, cuya piedra se levanta á cada nuevo viajero que envia la muerte á su morada : aquella costumbre habia repugnado al marido, hermano ó amante de la difunta, porque no se sabia qué vínculos los unian. En su consecuencia habia comprado una casa con jardin, el que habia hecho bendecir, enterrando en él en medio de las flores y á la sombra de los naranjos y adelfas á su misteriosa compañera. En cuanto á su sepulcro, era una simple piedra de mármol con un nombre encima.

Como la noche estaba hermosísima, pregunté si no se me podia acompañar á aquel jardin ; el posadero me dió un guia, echó á andar delante de mi y lo seguí.

La casa comprada por mi compatricio se hallaba

situada fuera de la aldea, sobre una pequeña colina desde donde se descubre una parte del lago : los antiguos propietarios, que se habian reservado tres meses de término para desocuparla, me hicieron entrar sin dificultad en aquel jardin que se habia convertido en cementerio. Hice señal con la mano de que deseaba me dejasen solo, y como no tengo trazas de profanador de sepulcros, consintieron en ello.

Al principio caminé á la ventura por aquel pequeño jardin tan embalsamado, luego descubrí un grupo de limoneros hácia los que encaminé mis pasos : á medida que adelantaba, veia resaltar bajo su sombra la blancura de una piedra, y pronto reconocí que la forma de aquella piedra era la de un sepulcro, al que me aproximé, y bajándome á la luz de un rayo de la luna que se desprendia por entre los árboles que le daban sombra, leí esta sola palabra : *Paulina* (1).

A la mañana siguiente el mozo de la posada, que yo habia enviado al correo con mi pasaporte, me trajo una carta que me obligó á salir inmediatamente para Francia. Cinco dias despues me hallaba ya en París.

Como no conocia de la Italia sino lo que habia visto por la oreja de san Carlos Borromeo, hice al dejarla voto de volver á ella. Este voto es el que acabo de cumplir.

Sea esto dicho de paso para aquellos de mis lectores que tengan valor de seguirme en una nueva peregrinacion.

(1) Un dia publicaré probablemente la historia de esta misteriosa jóven, que se me apareció tres veces corriendo hácia esta tumba, donde debia al fin abismarse para siempre ; pero en este momento me lo vedan todavia algunas consideraciones sociales.